

## I La aplicación de sentidos

Luis M.<sup>a</sup> García Domínguez

La *aplicación de sentidos* es un modo específico de oración, muy directamente relacionado con la contemplación, que san Ignacio de Loyola propone al ejercitante para que lo practique al final de cada día a partir de la segunda semana, aproximadamente dos docenas de veces a lo largo del mes de Ejercicios espirituales. Las siguientes páginas tratan de explicar este método de oración ignaciana que ha tenido distintas interpretaciones, antiguas y modernas. Pero, para ello, parece conveniente aludir antes a otros modos de considerar el cuerpo, los sentidos y la imaginación en los Ejercicios.

### El cuerpo

141

En el texto de los *Ejercicios* se tiene muy en cuenta la corporalidad<sup>1</sup> del ejercitante para favorecer su disposición a la oración, para discernir lo que le sucede y para responder al encuentro con Dios. Por ejemplo, el ejercitante debe cuidar la postura del cuerpo (*Ej* 75-77), el régimen de sueño y de descanso (*Ej* 73, 84), el grado de oscuridad o de claridad más conveniente para cada etapa (*Ej* 79) y administrar el uso conveniente de “temporales cómodos” (*Ej* 229). Tiene un tratamiento particular el modo de alimentarse el ejercitante dentro y fuera de su retiro (*Ej* 210-217), y durante el mismo incluye la posibilidad de usar la penitencia o temperancia en las comidas (*Ej* 83-86) y la conveniencia de establecer su propio menú cada día, “porque el régimen del comer influye mucho en la elevación o depresión del ánimo”<sup>2</sup> y consiguientemente en su experiencia espiritual. También la repercusión fisiológica de las mociones, como

<sup>1</sup> C. ALEMANY, *Cuerpo*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ED.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 529-532.

<sup>2</sup> D. 3, 15; ver D. 1, 3; D. 2, 1; D. 3, 15; D. 4, 7. Varios directorios aluden a esta iniciativa del ejercitante en sus comidas: D. 20, 26.38; D. 22-23, 46; D. 31, 50; D. 32, 35; D. 43, 41. Citamos según M. LOP, *Directorios de Ejercicios (1540-1559)*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000.

las lágrimas, la inquietud o turbación o la quietud anímica y corporal, puede ayudar a discernir la experiencia.<sup>3</sup>

Por lo tanto, de muchos modos el cuerpo ayudará o dificultará el retiro e incidirá sobre los frutos que se buscan; no olvidemos que la antropología ignaciana concibe al ser humano como “compósito” de alma y cuerpo (Ej 47), y no puede producirse una experiencia espiritual auténtica (integrada e integradora) sin la inclusión de lo corporal en dicha experiencia; pues la misma redención de la humanidad se opera a través de la encarnación del Verbo, que padece en su cuerpo “tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío” (Ej 116). En perspectiva ignaciana, espiritual no equivale a incorpóreo, sino que por el contrario lo corpóreo forma parte (antes, durante y después) de lo que solemos llamar experiencia espiritual.

### Los sentidos corporales

Los cinco *sentidos corporales*<sup>4</sup> forman parte importante de esta corporalidad; son unos órganos físicos que permiten recibir las impresiones de los objetos externos para elaborar la percepción de las situaciones, personas y cosas. Para Ignacio, los sentidos son a modo de “puertas”<sup>5</sup> que alimentan y configuran todo el mundo interior del sujeto, mental y afectivo; por ellos se incorpora la realidad, se la comprende y valora, hasta finamente responder a ella, de modo que tanto la configuración interior del sujeto como la respuesta (creyente) a la realidad reciben esa mediación de los sentidos. Quizá por eso el uso ordenado de los sentidos es sumamente importante también durante el retiro de los Ejercicios. Las *adiciones*<sup>6</sup> piden al ejercitante un cierto esfuerzo por disponer toda su

<sup>3</sup> Aparecen las lágrimas en Ej 4, 48, 55, 69, 78, 203, 282, 315, 316, 322; turbación en Ej 317; quietud en Ej 316; etc. El *Diario espiritual* de san Ignacio refleja en modo eminente esa repercusión corporal de su oración en forma de lágrimas, erizarse de los cabellos, ardor, sabor, etc. *De*, 6, 8, 11, 22, 39, 40, etc.

<sup>4</sup> El término *sentido(s)*, que se utiliza 27 veces en los Ejercicios, se entiende como órgano de percepción en Ej 18, 247, 248 y 335; el verbo *sentir* con el significado de experimentar sensaciones externas o internas se usa en Ej 109, 217, 320, 338, 342 y 347; C. DALMASES, en IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales. Introducción, texto, notas y vocabulario por --*, Sal Terrae, Santander 20044, 204s.

<sup>5</sup> *Constituciones de la Compañía de Jesús*, n. 250. Por las cinco puertas de los sentidos entra en el alma el conocimiento de todas las cosas sensibles; y así “todas las criaturas de este mundo sensible llevan al Dios Eterno al espíritu del que contempla y degusta”: S. BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente a Dios*, 2, 11; en *Obras completas de San Buenaventura*, Tomo I, Editorial Católica (BAC 6), Madrid 1945, 587.

<sup>6</sup> Ej 73-90; ver también Ej 130, 160, 206, 207, 229 y 239.

persona, empezando por su corporalidad, para su encuentro con Dios; no se puede orar sin preparar el cuerpo, sin cuidar las posturas, sin controlar la percepción (la vista y el oído, sobre todo), sin sentir externa e internamente.

Hoy se han promovido diversas *técnicas de relajación y oración* que, sin ser propiamente ignacianas, pueden tener un lugar al comienzo o dentro de los *Ejercicios*, con el fin de facilitar la pacificación corporal y anímica, la concentración mental necesaria, el manejo de las distracciones, etc. Estos métodos, en general, inciden mucho sobre la conciencia e integración del propio cuerpo, sobre el manejo adecuado de los sentidos corporales y el uso de la imaginación. Sugieren, por ejemplo, preparar el cuerpo para la oración, utilizando la ascesis adecuada que dispone a la meditación, la concentración y la dependencia del Creador; invitan a disponerse a la oración mediante algún ejercicio previo para concienciar y sentir el propio cuerpo; y a veces proponen implicar más el cuerpo en el acto mismo de orar, no sólo mediante una postura adecuadamente expresiva,

*Estos métodos proponen implicar más el cuerpo en el acto mismo de orar, mediante una postura adecuadamente expresiva*

Los *sentidos corporales* son también materia y objeto de oración en el primer modo de orar propuesto en los *Ejercicios*, por el cual trata el ejercitante de “imitar en el uso de sus sentidos a Cristo nuestro Señor” o a nuestra Señora (Ej 248)<sup>7</sup>. Este modo de oración se propone al final de los *Ejercicios* para todos los ejercitantes, pero también tiene un lugar en las distintas fórmulas de *Ejercicios* leves (Ej 18) que Ignacio señala para las personas más sencillas, declarando cada uno de los sentidos. Pero, detrás de su aparente simplicidad, este modo puede ser un camino precioso de configuración con Cristo en la vida cotidiana y en las situaciones concretas de cada persona<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Ej 238, 247, 248. Ver A. TEJERINA, *Modos de orar*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ED.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 1278-1283; A. CHÉRCOLES, *La oración en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*, Cristianisme i Justícia (EIDES 49), Barcelona 2007, 4-10; S. ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, 516-524.

<sup>8</sup> Un modo de aplicación actual se presenta en los materiales prácticos de CENTRO DE ESPIRITUALIDAD SAN IGNACIO (SALAMANCA), *Ejercicios de iniciación. Itinerario 1*, Sal Terrae, Santander 2009, ejercicios 1-5.

## La imaginación

También la *imaginación*<sup>9</sup> se emplea notablemente en distintos modos en los *Ejercicios* ignacianos; el ejercitante debe utilizarla, por lo menos, en los preámbulos habituales de cada ejercicio, en la meditación y en la contemplación. De este modo, sin el uso de la imaginación no se podrían emplear los métodos principales de oración que el texto ignaciano prescribe. La imaginación se usa en los preámbulos de la oración, concretamente en la *composición de lugar* de cada ejercicio, que tiene lugar al principio de las meditaciones y contemplaciones en todas las semanas, incluyendo la contemplación para alcanzar amor<sup>10</sup>.

La composición de lugar “no es otra cosa que modelar y como ver con los ojos de la imaginación el lugar en que sucedió lo que meditamos, por ejemplo el establo en que nació Cristo o el Cenáculo grande, aderezado, en el que lavó los pies de los Apóstoles, o el monte en que padeció”<sup>11</sup>.

En la interpretación de los primeros ejercitadores la composición de lugar trata de ser una ayuda para pasar de las cosas visibles a las invisibles, aunque tiene una pretensión más profunda que la simple mediación pedagógica, pues se trata de imaginar, en la fe, “la Humanidad de Cristo, que es la puerta de la Divinidad”<sup>12</sup>.

En las *meditaciones* que se proponen en los *Ejercicios* se pide también el uso de la imaginación, desde la primera semana, pues hay que imaginar el pecado de los ángeles, el de Adán y Eva, el de un hombre cualquiera (Ej 45-54) y, notablemente, las mismas penas del infierno (Ej 65-71). En las demás semanas hay también otras meditaciones que requieren el uso de la imaginación, como en Banderas (Ej 136-147) y en Binarios (Ej 149-156). La imaginación también se empleará en otros ejercicios que el texto no califica ni como meditaciones ni como contemplaciones, como el llamamiento del Rey Eternal (Ej 91-98) o los grados de humildad (Ej 165-167).

<sup>9</sup> En el texto de los *Ejercicios*, aparece la *imaginación* 4 veces e *imaginar* 4 veces. Ver E. FRICK, *Imaginación*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ED.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 987-994.

<sup>10</sup> Ej 47, 55, 65, 91, 103, 105, 112, 138, 151, 192, 220, 232. El Principio y Fundamento no tiene estructura de oración, por lo que carece de preámbulos.

<sup>11</sup> D. 43, 121. Ver por ejemplo: D. 22, 18; D. 24, 17; D. 26, 41; D. 31, 71; D. 32, 33.74; D. 43, 65.121-123.

<sup>12</sup> Directorio del P. Antonio Valentino, D. 16, 16: en esta humanidad de Cristo tenemos que reflejarnos nosotros, como en un espejo, “imaginando aquel hermoso y bello entre todos los hijos de los hombres, ahora bajo una figura, ahora bajo otra”.

En las *contemplaciones* y sus *repeticiones*, modo ordinario de orar en Ejercicios a partir de la segunda semana, la imaginación se utiliza siempre en el cuerpo mismo del ejercicio, pues el ejercitante debe ver, oír y mirar lo que hacen las personas de la escena evangélica que se contempla (por ejemplo, *Ej* 106-108).

Finalmente hay que decir que también en algunos *documentos* de los *Ejercicios* se supone el uso de esta facultad, por cuanto también en ellos se recurre a algunas imágenes<sup>13</sup>. En definitiva, parece imposible dar y hacer los Ejercicios ignacianos sin el uso muy notable de la imaginación por parte del ejercitante. Y, aunque esta facultad es ambivalente, Ignacio cree en la capacidad humana para evangelizar su imaginación y facilitar así el “conocimiento interno del Señor” (*Ej* 104) que se hace accesible en la carne sensible<sup>14</sup>.

No hay duda que las posibilidades actuales para ayudar a la imaginación del ejercitante son mucho más ricas y plurales que en tiempos de san Ignacio (láminas, cuadros, proyecciones audiovisuales, vídeos, secuencias de películas, presentaciones informáticas, documentos de audio de distintos tipos, etc.); no hay duda que emplearlas con discreción y sabiduría puede ayudar mucho a hacer los Ejercicios en muchas de sus modalidades.

### Aplicar los sentidos de la imaginación

Los cinco *sentidos de la imaginación* se traen o se pasan en el último ejercicio de cada día cuando se contempla la vida de Cristo, a partir de la segunda semana (*Ej* 121-126)<sup>15</sup>; después de dos contemplaciones y dos repeticiones, el ejercitante hace cada día un quinto ejercicio de aplicación de sentidos, que no se debe omitir aunque se hagan sólo cuatro ejercicios al día (*Ej* 129).

<sup>13</sup> Por ejemplo, en las reglas para ordenarse en el comer (*Ej* 214-215), en las reglas de discernimiento (*Ej* 325-327, 335), en las notas de escrúpulos (*Ej* 346s) y en las reglas para el sentido de Iglesia (*Ej* 355, 358-360).

<sup>14</sup> P. H. KOLVENBACH, *Imágenes e imaginación en los Ejercicios*, en *Decir... al “Indecible”*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1999, 49-50.

<sup>15</sup> Ver también *Ej* 129, 132, 133, 134, 159, 204, 208, 209, 226, 227; y quizá *Ej* 335; se omite cuando no hay repeticiones el último día de la tercera semana y cuando se desea abreviar la tercera semana (*Ej* 208-209). Sobre este método de oración, ver J. MARÉCHAL, *Application de sens*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. 1, Beauchesne, Paris 1937, cols. 433-469; PH. ENDEAN, *Aplicación de sentidos*, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ED.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 22007, 184-192.

El ejercicio tiene un esquema de oración semejante al de la contemplación, con los mismos preámbulos, puntos, *reflectir* y coloquio final. La materia de oración es la misma que ha sido contemplada, una o dos escenas evangélicas, en las que ya se han empleado en parte la vista y el oído. Ahora, en la aplicación de sentidos, se trata de que el ejercitante “pase” los sentidos<sup>16</sup> por las escenas contempladas, por las personas, objetos y sucesos. La escena, o secuencia de escenas, con que ya se ha familiarizado y que ha repercutido en su interior a lo largo del día, es ahora contemplada con más cercanía, con más simplicidad mental, con cierta lentitud y pasividad. El ejercitante puede imaginar la escena contemplada, recrearla, hacerse presente, detenerse en circunstancias particulares de ella, en personas, en los sentimientos que le suscita, etc. Por eso en la aplicación de sentidos hay más reposo que en la contemplación, más detenimiento, más cercanía, mayor lugar para el afecto y para el suscitarse de los deseos.

El texto explica suficientemente cómo se ha de hacer esto, aunque la explicación se debe acomodar a la formación, capacidad y experiencia que tenga el ejercitante. En diversos Directorios también se alude a este modo de orar ignaciano, señalando que no debe omitirse nunca en la segunda semana; constatan que resulta relativamente sencillo de hacer, incluso a los que tienen poca experiencia de oración o escasa formación espiritual y teológica.

*Se trata de un ejercicio de oración, no de mera imaginación...; con mayor reverencia cuanto menos intelectual es la operación (Ej 3)*

La aplicación “de los sentidos imaginarios [...] conviene a los poco ejercitados en meditar y contemplar, cuales comúnmente son los a quienes se dan los Ejercicios; y esta manera ninguna dificultad tiene, porque ninguna dificultad hay en imaginar que se ven las personas de la historia, y que se oye lo que allí hablan o decentemente podrían hablar; y que besamos y adoramos los pies de Cristo o sus pisadas o sus ropas. El olfato y el gusto en este modo se pueden dejar, porque no se pueden aplicar a esto, como los otros sentidos”<sup>17</sup>.

Pero se trata de un ejercicio de oración, no de mera imaginación; ya el ejercitante sabe que conviene orar con mayor reverencia cuanto menos intelectual es la operación empleada en ella (Ej 3). Y, quizá precisamen-

<sup>16</sup> En los Ejercicios aparecen los distintos sentidos: *ver* (56 veces), *mirar* (54 veces), *oír* (10 veces), *tocar* (8 veces), *gustar* (3 veces), *oler* (2 veces): I. ECHARTE (ED.), *Concordancia ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1996.

<sup>17</sup> D. 32, 86. Tratan de la aplicación de sentidos: D. 20, 65-66; D. 22-23, 68; D. 24, 20; D.30, 5; D. 31, 75.91.94-96; D. 32, 86-87; 43, 154-157.

te porque parece sencilla, la aplicación de sentidos se puede prestar a confusión, por lo que debe realizarse siempre con cierta precaución por parte del ejercitante:

“El uso de los sentidos es fácil, en la vista imaginaria, en el oír palabras, rumores, en el tocar, besar pies, los lugares donde estuvo Cristo nuestro Señor; y de esto se debe usar con reverencia, sin tener atrevimiento descortés, principalmente con gente tierna, no se mezclen afectos humanos a vueltas de espíritu”.<sup>18</sup>

En todo caso, con la aplicación de sentidos al fin de la jornada se cierra una unidad de recorrido, siendo el último de una secuencia de distintos métodos de oración que culminan en éste. La aplicación de sentidos requiere las contemplaciones y las repeticiones previas para posibilitar el acercamiento y asimilación sensible del misterio, para ir llegando al conocimiento interno que se pide (Ej 104). El uso de los distintos sentidos aproximan al sujeto, en la imaginación y en la fe, al objeto contemplado, a las personas divinas.

La mirada y el oído se detienen y aplican ahora más despacio en algún detalle quizá previamente vislumbrado, dejándose tocar por la fuerza de esa imagen, ahora percibida y sentida más de cerca. El ejercitante capta el detalle, lo concreto, las circunstancias, que suscitan en él más sentimiento y afecto. Y sigue acercándose al misterio contemplado, pues puede cambiar de postura (arrodillarse, inclinarse, postrarse) y tocar los lugares o quizá también, con reverencia, a las personas contempladas. La cercanía al misterio de la divinidad se hace mayor si alcanza a besar, gustar y oler interiormente, dejándose embriagar por él. Se alcanzan así los frutos del afecto devoto y de una cierta sensación de presencia del misterio contemplado.

Para los estudiosos<sup>19</sup> se trata de una actividad de los sentidos interiores de la imaginación, que son análogos, aunque distintos, de los sentidos corporales. Unos sentidos que se aplican a los personajes de la historia evangélica, al misterio, para el conocimiento interno de Jesús; pues se accede a la contemplación histórica de su humanidad y a su divinidad, y así constituye el modo sensible de conocimiento interpersonal por el que se accede a Dios a través de la humanidad histórica del Señor. Con ello se propicia un tipo de relación del ejercitante con Jesús que es unitario, sensible y espiritual y que acaba en veneración y adoración. No se trata de fantasear

<sup>18</sup> D. 31, 94-95.

<sup>19</sup> S. ARZUBIALDE, *Los Ejercicios Espirituales. Historia...*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, 293-302.

una nueva historia devota de Jesús, sino de llegar a su conocimiento interno de modo que esa contemplación transforme a la persona del ejercitante. Tampoco se busca tanto la imitación, sino la transformación del corazón, que va así adquiriendo una nueva sensibilidad, la cual facilita esa configuración con Cristo que pretende el camino de los *Ejercicios*.

### Los sentidos metafóricos

El que da los Ejercicios propone la aplicación de los sentidos de la imaginación; pero, en su oración, el ejercitante debe “discurrir por lo que se ofreciere” (Ej 53) y de este modo su oración puede evolucionar con una libertad poco programable. Es posible suponer que desde muy pronto los que daban los Ejercicios vieron que algunos ejercitantes hacían este tipo de ejercicio en formas libres de encuentro con Dios que no correspondían estrictamente con lo que el texto ignaciano prescribía, pero que se podía considerar como algo dado por Dios en la libertad del encuentro íntimo con el ejercitante.

El mismo texto ignaciano alude explícitamente a un segundo modo de aplicación de sentidos que no sigue las operaciones propias de los sentidos de la imaginación:

“Oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima y de sus virtudes y de todo, según fuere la persona que se contempla” (Ej 124).

Aquí Ignacio parece recuperar una ampliación del significado, una extensión de la experiencia de oración. Señala un camino, empieza un itinerario que incluye, al menos, dos “grados” diferentes de comprensión. Y deja al ejercitante a solas con su Dios, para que éste se le comunique como desee (ver *Ej* 15).

Las antropologías clásicas, sean de corte más platónico o de perspectiva más aristotélica, tenían ciertas categorías para describir la mente humana (lugar de la experiencia de Dios) y los maestros espirituales indicaban qué instancias antropológicas convenía activar y qué operaciones era las más adecuadas para cada tipo de oración. Pero ni las antropologías modernas ni las múltiples teorías de personalidad del último siglo nos permiten mucho consenso y muestran gran complejidad y pluralidad de enfoques en la descripción de la mente humana y de las operaciones implicadas en el percibir y el experimentar. Porque una vez iniciado el proceso de percepción de la realidad (por los sentidos externos

e internos, por las memorias, la imaginación, etc.), se desencadena un complejo proceso de elaboración de los datos (que incluye emociones y sentimientos, pensamientos y razonamientos, reflexiones y elaboraciones, juicios y decisiones, con nuevas emociones y pensamientos) que van generando lo que llamamos la experiencia personal. La experiencia espiritual sigue también estos cauces del psiquismo humano, aunque podamos decir que sus contenidos y sus efectos en la persona sean de otra dimensión.

Si el ejercitante sigue las indicaciones ignacianas para su aplicación de sentidos, aplicará primero de modo imaginativo sus sentidos corporales y pasará luego a una aplicación más metafórica y simbólica, primero con algunos sentidos y luego quizá con los demás. De este modo, su oración comenzará siendo más discursiva y descriptiva, y seguramente con bastante elaboración activa por su parte. Este tipo de oración le ayudará, sin duda, a hacer más plástica y más afectiva su contemplación de los misterios de Cristo, su fe creída y confesada.

Pero poco a poco se detendrá en algunos detalles, situaciones o personas, como Ignacio le propone, sin tener ansia por pasar adelante (Ej 76). Sus imágenes y sensaciones internas serán tanto imaginativas como metafóricas y simbólicas. Su oración se hará más tranquila, reposada, y le permitirá resonancias afectivas y hasta sensitivas que la hagan notar la presencia de las personas sagradas, a las que se siente presente él mismo. Al sentir y gustar la cercanía, la presencia y la acción de Dios para con él, se sentirá más embebido en el misterio, y esa presencia se hará cada vez más pasiva, aunque a la vez más firme.

El Directorio de Polanco explica así esta extensión del significado:

“En el olfato y el gusto hay que subir por encima de la imaginación hasta la razón, considerando la fragancia como de los dones ausentes, y el gusto como de los dones de Dios, presentes en el alma santa, y rehaciéndonos con su suavidad. Y la imaginación de los perfumes y sabores, que son percibidos por el olfato y el gusto del cuerpo, lleva a ejercitar esos sentidos internos de la razón, en esta clase de meditaciones”<sup>20</sup>.

El conocimiento nuevo que trae la fe será también emocional y sensible, más integrado en la persona del ejercitante; el cual, en todo caso,

*Al sentir y gustar la presencia y acción de Dios, el ejercitante se sentirá más embebido en el misterio divino*

<sup>20</sup> Directorio de Polanco: D. 20, 65; ver D. 22-23, 68 (de Miró).

está invitado en su oración a referirse siempre al significado que el misterio sentido y gustado internamente tiene para su vida concreta; es decir, está invitado continuamente a reflexionar en sí mismo y sacar algún provecho de cada uno de los sentidos (Ej 122-125).

Al describir lo que puede suceder en la aplicación de sentidos no podemos ignorar que existe una larga tradición espiritual cristiana, en la que Ignacio se inscribe<sup>21</sup>, que ha tratado este asunto. Aunque la cuestión es muy amplia, podemos recordar que se suele señalar a Orígenes (+254) como el primer autor que trata a fondo la posibilidad de ver a Dios, al que nadie nunca ha visto jamás (cf. Jn 1,18), a través de algún sentido humano, que no puede ser corporal, sino espiritual. Dice este autor que hay “un sentido general divino” que sólo algunos encuentran en esta vida:

“De este sentido existen varias especies: de visión, que naturalmente ve cosas superiores a los cuerpos, entre las que hay, evidentemente, que contar a querubines y serafines; de oído, que percibe voces que no tienen su consistencia en el aire; de gusto, que saborea el *pan vivo que bajó del cielo y da la vida al mundo* (Jn 6,33); de olfato, igualmente, que huele cosas por las que Pablo dice ser *buen olor de Cristo para Dios* (2 Cor 2,15); de tacto, según el cual dice Juan *haber palpado con las manos al Verbo de la vida* (1 Jn 1,1)”<sup>22</sup>

La tradición espiritual posterior continuará con distintas aportaciones esta descripción y características de unos sentidos distintos a los corporales que permiten acercarse a Dios, y que son llamados *intelectuales*, *espirituales*; e incluso concebidos no sólo como un órgano de percepción de lo divino, sino como un “lugar” en el alma o una parte de ella. Toda esta tradición resuena, como decimos, en la perspectiva ignaciana.

Esta tradición señala como característica de la experiencia espiritual proporcionada por este sentido (o sentidos) su condición de experiencial, de frutiva y gustosa; por otro lado proporciona la seguridad en el discernimiento, la seguridad de que “sólo es de Dios” (ver Ej 330). Pero también que se trata de una experiencia que requiere preparación, purificación previa y, por lo mismo, suele ser más propia de personas avanzadas en la vida espiritual. Respecto a la continuidad o ruptura entre los sentidos corporales y los intelectuales, se afirma que los segundos son analógicos a los primeros, pero claramente diferentes a ellos. Los padres griegos más bien subrayaban esta diferencia, por su antropología de

<sup>21</sup> M. CANÉVET, *Sens spirituel*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. 14, Beauchesne, Paris 1989, cols. 598-617.

<sup>22</sup> ORÍGENES, *Contra Celso*, Editorial Católica (BAC 271), Madrid 1967, 82: libro 1, n. 48.

fondo que opone materia y espíritu: según Gregorio de Nisa, la contemplación del mundo distrae de la contemplación de Dios. Pero posteriormente apareció otra corriente, presente por ejemplo en san Buenaventura, donde se subraya más bien la continuidad entre unos y otros sentidos:

Según dicho autor, como nos es dado “contemplar a Dios no sólo *por ellas* [por las criaturas] como por vestigios, sino también *en ellas* por cuanto en ellas está por esencia, potencia y presencia”, de ahí que se pueda “contemplar a Dios en todas las criaturas, las cuales entran en nuestra alma por lo sentidos corporales”.

“La imagen de nuestra alma ha de revestirse con las tres virtudes teologales que la purifican, iluminan y perfeccionan [...]. El alma, pues, que cree, espera y ama a Jesucristo [...], al creer por la fe [...] recupera el oído y la vista espiritual [...]. Y al suspirar por la esperanza [...] recupera mediante el deseo y el afecto, el olfato espiritual. Cuando por la caridad abraza al Verbo encarnado [...] recupera el gusto y el tacto”.<sup>23</sup>

San Ignacio parece inscribirse en esta segunda tradición que, manteniendo siempre la analogía, admite cierta continuidad entre los sentidos corporales y los espirituales, de modo que nuestros sentidos pueden ser curados y sanados; por esta razón, como hemos indicado, el ejercitante podrá “imitar en el uso de sus sentidos a Cristo nuestro Señor” o a Nuestra Señora (Ej 348); desde una teología de la encarnación, que parece muy predominante en Ignacio, se puede fundamentar bien esta perspectiva.

### **Los sentidos espirituales**

La tradición espiritual a que hemos aludido está latente en la práctica y en la comprensión teórica de la aplicación de sentidos; nuestra impresión es que la práctica (la experiencia de los ejercitantes) precede a la teoría (la que se muestra desde muy pronto en los directorios y en otros maestros espirituales).

Fijémonos en primer lugar en alguna experiencia práctica. Pedro Fabro, que es un ejercitante ejemplar, un gran conocedor de los Ejercicios y un discípulo fidelísimo de san Ignacio, habla diversas veces en su diario espiritual (*Memorial*) del fruto que le produce la consideración de los sentidos:

---

<sup>23</sup> SAN BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente a Dios*, o.c., 577 (cap. 2, n. 1) y 605 (cap. 4, n. 3). Las cursivas son nuestras.

“Al meditar en los misterios de la vida de Cristo, se me ocurrieron diversas maneras de pedir distintas gracias. Pedir a Dios, por los méritos de la Anunciación, Visitación, etc., que me concediera modo y manera de alabarlo, recordarlo, amarlo y desear servirle; querer verlo, oírlo, oler su perfume, gustarlo, querer pensar en Él, conocerlo, palparlo [...]. Después de la misa me parecía que no tenía ya el gusto espiritual que había sentido antes y que deseaba vehementemente. Pero me vino, en cambio, otro buen deseo de que nuestro Señor Jesucristo tuviese a bien entrar en mí hasta lo más profundo y medular de mi espíritu, para reparar mis secretos defectos del entendimiento, memoria y voluntad y de los sentidos, dándome las virtudes y dones ocultos sobre los que nunca he pensado aunque los necesite más que aquellos que me faltan”.<sup>24</sup>

En éste y en otros textos de Fabro se está sobrepasando claramente la literalidad del texto ignaciano. Eso sucede, como decimos, porque los *Ejercicios* son un manual de pedagogía espiritual y una iniciación a la experiencia cristiana, pero no constituyen un tratado sistemático de teología espiritual o mística. Por lo cual el librito no agota en su explicación todo lo que puede suceder al ejercitante, sino que propone desde el principio un modo y orden para una experiencia que se irá desplegando por sí sola (ver Mc 3, 26-29), hasta donde el ejercitante se disponga y Dios se lo quiera conceder. Ignacio mismo describe fenómenos espirituales en el texto de *Ejercicios* que no muestran todo su potencial desarrollo; por ejemplo, tal cosa parece suceder con la consolación, que Ignacio describe con una primera aproximación en las reglas de discernimiento,

152

*Ignacio no describe de modo cerrado toda la experiencia espiritual posible; la inicia y deja abierta a lo que Dios otorgue*

a la que añade posteriormente nuevos matices en un directorio y que en carta a Borja amplía de significaciones y resonancias, sabiendo que el destinatario de la misma experimentaba fenómenos de una consolación extraordinaria<sup>25</sup>. Lo que dice a Borja no lo indica en el texto de *Ejercicios*.

Parece, en definitiva, que el texto ignaciano no describe de modo cerrado toda la experiencia espiritual posible, sino que la inicia y la deja

<sup>24</sup> *Memorial*, n. 51, en A. ALBURQUERQUE, *En el corazón de la Reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro, S.J.*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000, 142s. Es posible que, como ejercitante, Fabro hubiera orado de esta forma más libre ya bajo la dirección de Ignacio, por ejemplo como describe posteriormente (*Memorial*, nn. 34, 51, 69, 136, 187, 345): citado por J. GARCÍA DE CASTRO, *Pedro Fabro, la cuarta dimensión. Orar y vivir*, Sal Terrae, Santander 2006, 113-115. Otras referencias a los sentidos, en *Memorial*, nn. 22, 30, 37, 103, 109, 127, 169, 189, 397, 310, 321, 323, 403, 432, 436.

<sup>25</sup> Ej 316 y 329; D. 1, 18; IGNACIO DE LOYOLA, Carta a Borja de 20 septiembre de 1548, en MHSI, *Epp.* 2, 233-237.

abierta a lo que Dios otorgue. Pero si la experiencia que propone Ignacio está abierta, parece que también la explicación teórica sobre la aplicación de sentidos, así como sus posibilidades en la práctica, deben quedar un tanto abiertas. Así lo entiende un fiel conocedor de san Ignacio como es su secretario Polanco, que propone una aplicación de sentidos más intelectual y espiritual, incluso abierta a significados o experiencias místicas, apoyando su interpretación en san Buenaventura.

“Si lo interpretamos de los sentidos mentales y pertenecientes a la razón superior, [...] se pueden explicar estos sentidos del alma, en la cual está reformada la imagen de Dios por la gracia de Dios, la fe, la esperanza y la caridad. Pues mientras por la fe cree en Cristo [...] recupera y ejercita la mirada espiritual para considerar los esplendores de su luz, y así Cristo es para él la verdad. Asimismo mientras por la esperanza suspira por recibir a Cristo como Verbo inspirado [...], recobra el hombre el olfato espiritual y le ejercita persiguiendo el olor de los perfumes de Cristo, el cual es para él de esta manera la vida. Cuando por la caridad se une a Cristo [...], recupera y ejercita el gusto espiritual. Mientras le abraza y en él se convierte por el puro amor que le transforma en él, que no le permite apartarse del mismo [...], recupera y ejercita el tacto espiritual”<sup>26</sup>.

Otros jesuitas (como Diego Miró, Jerónimo Nadal, Antonio Cordeses, Achille Gagliardi, Luis de la Puente, Luis de la Palma, Diego Alvarez de Paz, Francisco Suárez, Jean-Joseph Surin y Jacques Nouet, al menos) recogerán posteriormente esta misma interpretación de los sentidos espirituales<sup>27</sup>. También los redactores del primer proyecto del Directorio oficial admiten también esta interpretación que, sin embargo, la redacción final del documento no admitirá por considerar más prudente y más segura la primera e inferior interpretación. Sigue así el parecer de su principal redactor:

La aplicación de sentidos “es muy útil y conveniente en esta materia [la vida de Cristo], si se hace llana y sencillamente; porque sutilezas en estas materias tienen mucha mezcla de curiosidad, que causa sequedad; y cuanto más atención se suele poner en estos sentidos anagógicos, tanto se suele perder el fruto en la meditación”<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> D. 20, 66; citando siempre el capítulo cuarto del *Itinerario de la mente a Dios* de san Buenaventura.

<sup>27</sup> S. ARZUBIALDE, *Los Ejercicios Espirituales. Historia...*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, 300-302; J. MARÉCHAL, *Application de sens*, o.c., cols. 816ss; R. ZAS FRIZ, *La tradición mística ignaciana (I): Autores españoles de los siglos XVI y XVII*: Manresa 76 (2004) 391-406; R. ZAS FRIZ, *La tradición mística ignaciana (II): Autores franceses de los siglos XVI al XX*: Manresa 77 (2005) 325-342.

<sup>28</sup> D. 31, 94. Por “buenas” razones, tanto Gil González Dávila (autor del directorio citado) como el Directorio oficial optan por la posición “más segura”, pero cercenan las posibilidades de una interpretación ignaciana abierta perfectamente ortodoxa.

Aunque existe una profunda problemática antropológica y teológica detrás de las distintas interpretaciones, no parece muy constructivo contraponer entre sí las distintas interpretaciones de la aplicación de sentidos, sino que se puede percibir una cierta continuidad procesual que, por otra parte, está muy presente a lo largo del texto de Ejercicios. Ignacio posiblemente tiene una antropología un tanto ecléctica, aunque menos neoplatónica y más aristotélica; pero tiene sin duda una visión del ser humano notablemente integradora. Pues, ciertamente, practica y enseña a otros claramente una oración profundamente afectiva; pero no propone al ejercitante que se refugie en ningún rincón de su mente creyente para su encuentro con Dios, ni le recomienda prescindir en modo alguno de imágenes en su oración. La mística de Ignacio es encarnatoria<sup>29</sup>; y entiende que, en definitiva, será más elevada aquella oración “donde Dios nuestro Señor más se comunica mostrando sus santísimos dones y gracias espirituales”, sea cual sea el tipo de oración en que esto suceda<sup>30</sup>.

\* \* \*

En la práctica, seguramente hoy no tenemos los problemas teóricos de la tradición espiritual al proponer la aplicación de sentidos ignaciana. Podemos seguir el texto de los *Ejercicios* para que el ejercitante considere de varias maneras su dimensión corporal antes y durante su experiencia de retiro, use más ordenadamente sus sentidos, emplee la imaginación para ayudarse y contemple las escenas evangélicas con libertad, acercándose al misterio por medio de un uso libre de sus sentidos imaginarios, metafóricos y espirituales. Podemos, con el mismo texto ignaciano, proponerle cierta actividad en su oración, así como un detenimiento más pasivo donde encontrare gusto y fruto espiritual. Hasta ahí el trabajo del ejercitante y la orientación de su acompañante.

Pero sabemos que Dios consuela a sus fieles de modos muy distintos, y concede los dones y gracias que en su sabiduría considera oportunos. El diálogo íntimo entre Dios y el ejercitante continúan a lo largo de los Ejercicios y en adelante. En definitiva, los Ejercicios procuran que el

---

<sup>29</sup> “El itinerario místico de Ignacio de Loyola queda abierto hacia el mundo. No pretende adentrarse en una ‘séptima morada interna’ ni alcanzar la cumbre de Monte alguno como expresión de un proceso perfecto, cerrado o culminado de carácter lineal. Ignacio, al sentir el mundo como revelación, permanece abierto en absoluta disposición para que Dios haga experiencia en él”: J. GARCÍA DE CASTRO, *La mística de Ignacio: cultura y costumbre*: Manresa 76 (2004) 351-352.

<sup>30</sup> IGNACIO DE LOYOLA, Carta a Borja de 20 septiembre 1548, MHSI, *Epp.* 2, 233-237: *Obras Completas*, BAC, Madrid 1991, 831.

*La aplicación de sentidos*

ejercitante pueda “sentir y gustar de las cosas internamente” (Ej 2); esto le remite antes o después al “maestro interior” que Ignacio experimentó en Manresa (*Au 27*)<sup>31</sup> y que él supone también en la experiencia del que se ejercita (Ej 15). La aplicación de sentidos puede ser, sin duda, un lugar donde esta espléndida experiencia se pueda producir.

---

<sup>31</sup> F. MARTY, *Sentir et goûter. Les sens dans les “Exercices Spirituels” de Saint Ignace*, Les Éditions du Cerf, Paris 2005, 10-11.